

PROMO NO A LA VENTA

FAHALA

LA LEYENDA DEL CASTILLO OLVIDADO

C. C. COUTO



FAHALA.

LA LEYENDA DEL CASTILLO OLVIDADO.

C.C. COUTO

*@Editorial Musmususmo
Grupo Ley 57*





Capítulo 1.- Sin sangre.

La sangre no corrió ese día por el reino de Fafala. Sí corrió el olvido, la soledad y la amargura de quien recuerda pero no puede ser visto. Esta es la historia de un reino eliminado de la memoria de la gente, y de un castillo que no lo es, pero sí lo fue.

Porque no puede haber un castillo sin princesa.



Capítulo 2.- Lágrimas desde la torre

Asomada desde lo más alto de la torre, como cada día, una lágrima azul se desprendió de sus ojos y en su caída provocó una pequeña onda en lo que era ya un lago, azulado, casi turquesa, hasta desvanecerse en la orilla.

Debía ser invierno, aunque ya no recordaba la última vez que había sentido frío.

Sentir.

Tal vez la última vez fuera aquél día en que, sin esperarlo, todo cambió. Un día que quedó grabado en su cerebro como última vez en que tuvo conciencia de ser lo que era pues ya no era quien había sido. Enfrente, muy cerca, la elevada sierra detenía una espesa nube en su paso desde el sur...

donde recordaba más allá había un mar, alguna vez visitado.

La nieve todavía adornaba la parte más alta, en un inusual paisaje pese a la considerable altura que alcanzaba. No era frecuente que un manto blanco se mantuviera en el horizonte. Simplemente a veces pasaba, quizás antes más a menudo.

Esos días de nieve repentina siempre habían sido fuente de alegría para los habitantes más jóvenes del reino, pues se les permitía alterar sus quehaceres diarios para caminar hacia las zonas nevadas y allí “echar el día” sin preocuparse de animales, limpiezas o mercado, en una tradición fomentada por sus propios padres, reyes de Fahlala, siempre preocupados por la felicidad de sus súbditos, convirtiendo en momentos extraordinarios las oportunidades que la naturaleza les brindaba.

Ahora los días eran cortos. El sol solía imponerse a las nubes aunque en ocasiones la lluvia empapaba el campo y se colaba por los huecos del castillo impulsada por el viento, frío, que recorría las estancias que una vez alojaron risas y música. El tejado, muy deteriorado, apenas daba cobertura ya al viejo edificio y la humedad penetraba hasta los huesos, aunque en realidad para ella esto ya no significaba nada.

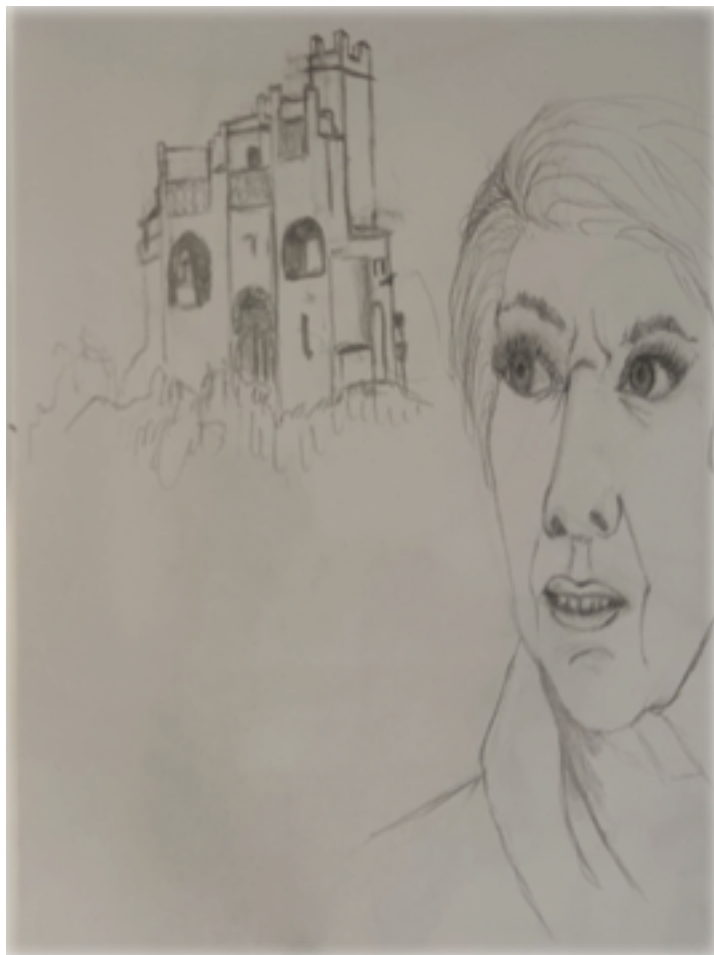
Prefería en cualquier caso el verano y la luz. So-


bre todo después de haber estado tanto tiempo entre niebla.

Verano y luz eran sus recuerdos. En ellos también había gente. Solía albergar el castillo mucha vida dentro de sus paredes de piedra, tan anchas que podrían haber soportado huracanes. Vida que podría haber sido otra de no haber sucedido aquello que me dispongo a contar en estas líneas que hablarán de risas, sueños, envidias... y algo de magia.

Cada día, al amanecer, cuando apenas la luz asomaba el contorno, y todavía en sombra, se le agolpaban los recuerdos de otros días, inundando sus ojos verdes que ya sólo por una vez se desbordaban, cada día, durante ya no recordaba cuantos ...







Capítulo 3.- Los príncipes de Fahala.

El anuncio de su nacimiento recorrió senderos, montañas, valles, y corrientes hasta el mar.

Era el primero de la pareja que reinaba en la ribera del Fahala, un pequeño reino que tomaba su nombre de un pretencioso arroyo que nacía a la vera del castillo.

No fueron uno, si no dos, los hermanos nacidos aquella noche, niña y niño, colmando la felicidad de la corte que veía así garantizada su estirpe. En el pueblo se pensaba que los reyes, por su edad, nunca tendrían descendencia, así que la noticia del embarazo real fue recibida con algarabía.

A la fiesta, organizada para celebrar el feliz alumbramiento de Victoria y Nicolás, fueron invitados todos los aldeanos, y los representantes de los

reinos vecinos. Vinieron los Mijeños, los Coínos, los Cartameños, algún pescador genovés de Fuente de las Girolas, e incluso los viejos rivales, los Tebanos.

En la costa había un castillo, pero hacia el interior solo los reinos de Fahala, Cártama y de Teba lucían tales fortificaciones, lo que siempre había sido fuente de rivalidad por ver cuál de los dos, aun en la distancia, alcanzaba más esplendor.

El castillo de Fahala coronaba una loma, conocida como la loma de la Mota, desde la que se divisaba montaña y valle, elegido el lugar por los antepasados gobernantes que pensaron que las viejas torres de Urique nunca en realidad habían dado gran protección al reino, pues fueron elevadas simplemente como lugar de observación del valle, y convertida su humilde alquería en centro del reino, sin pretenderlo.

Con tres torres, sus tres patios y sus quince modestas estancias, si bien sobria, la construcción se erigía como la mayor de toda la comarca y desde su almena oeste en los días claros incluso se podía divisar la costa.

Más apartado, el inexpugnable castillo de Teba, conocido como castillo de la Estrella, mucho mayor, con sus 18 torres, sus amplias estancias, su iglesia, y con la próspera Villa de Teba a sus pies, superaba al de Fahala en todo, pero también lo tenebroso de su gobierno.

Decían que el reino de Teba lo gobernaba un ser maligno, descendiente, decían, de aquellos que persiguieron y petrificaron a la pareja de enamorados convertidos en piedra en el reino de Antequera . Serían leyendas de viejos, aunque nadie recordaba ni quien gobernaba antes ni sabían cómo se mantenía siempre con el mismo joven aspecto, ni su belleza, equiparable a su mal carácter.

El mal humor de la reina tebana era conocido de todos, y temidos eran sus arrebatos de ira en respuesta a cualquier nimiedad, siempre inflexible a la hora de cobrar sus rentas a los vasallos, sin importar si la cosecha hubiera sido mejor o peor.

Todos sabían que quien no llegara a la fecha del pago con la renta exigida, sería, sin más, expulsado. Se decía que incluso era capaz de ajusticiar con los ojos a quien le hiciera frente, y por ello nadie se atrevía a sostenerle la mirada.

Enemiga de fiestas y bailes, sorprendió a los reyes de Fahala al aceptar la invitación. El emisario enviado con la respuesta fue recibido en el salón principal que ya estaba siendo preparado para el día acordado, agradecido por poder alejarse un tiempo de su reina, siempre preocupada por aumentar su riqueza y elevar aún más su castillo, pues no soportaba la idea de que pudiera haber reino alguno que la superara en cualquier sentido.

Contaban los mayores que, el día del nacimiento de los príncipes, a pesar del calor propio de mitad del verano, la explanada que circundaba el castillo se llenó de pequeños puestos de mercaderes. Los músicos tocaban sin descanso en el viejo anfiteatro y se había habilitado junto al arroyo un espacio para que los viajeros descansaran y pudieran subir a la explanada cuando así lo desearan despreocupándose de monturas y carros.

Sin duda, pensaron los reyes, podía ser una buena idea hacer una venta en aquel lugar donde juglares y viajeros pudieran tener un sitio donde parar y refrescarse junto al nacimiento del arroyo.

La fiesta, les contaron, duró siete días y siete noches, sin que en todo momento faltara música, comida y bebida.

Comitivas de todos los reinos vecinos fueron llegando y estableciéndose en los mejores lugares del lugar.

La Tebana, cuentan, pidió bañarse en las aguas del Fahala, pues decían eran mágicas y daban al que lo hacía una extraordinaria fuerza y belleza.

Aunque no era corriente entonces el baño, los reyes de Fahala no pusieron inconveniente alguno. Al contrario. Dispusieron para ella un espacio tranquilo y los mejores jabones de la comarca, mezcla de cítricos aromá-

ticos y aceites de gran fama en la zona, sin darle mayor importancia y sin sospechar lo que luego vendría.

Alguno recordaría las insistentes preguntas de la reina tebana sobre las propiedades del agua del Fahala, su lugar exacto de nacimiento, y su interés en conocer a los propietarios de la venta enclavada en tal lugar, de quienes se decía no envejecían sin encontrar razón para ello.

Sin embargo, nadie le dio más importancia y la vida volvió a transcurrir apaciblemente en el valle. Los visitantes volvieron felices a sus pueblos, los mercaderes agradecieron esta feria extraordinaria que les había permitido obtener nuevos e inesperados ingresos, y la reina tebana no pudo olvidar las aguas del Fahala.

Había decidido que tenían que ser suyas.

(Para seguir leyendo puedes comprar el libro en tu librería habitual o capturando este código:)







INDICE DE FAHALA

Capítulo 1.- Sin sangre.

Capítulo 2.- Lágrimas desde la torre

Capítulo 3.- Los príncipes de Fahala

Capítulo 4.- La batalla contra los Tebanos.

Capítulo 5.- La maldición.

Capítulo 6.- Despertar.

Capítulo 7.- Primeras visitas.

Capítulo 8.- Saliendo de la niebla.

Capítulo 9.- Juan el del Castillo.

Capítulo 10.- El descubrimiento.

Capítulo 11.- Dentro del castillo.

Capítulo 12.- El protegido.

Capítulo 13.- María, Lola y Sebastián.

Capítulo 14.- Un agujero en la torre.

No todo lo que se ve es lo que hay.

Capítulo 15.- Una cripta y un mensaje.

Capítulo 16.- Buscando ayuda.

Capítulo 17.- En llamas.

Capítulo 18.- Buscando.

Capítulo 19.- La hora del hechizo.

Capítulo 20. Segunda Torre.

Capítulo 21. La Tercera Torre.

Capítulo 22. Padres y Fotos..

Capítulo 23.- El aniversario.

Capítulo 24.- Victoria está aquí.

Capítulo 25. Magia.

EPILOGO.

Ni una batalla, ni un incendio, ni la maldición que asolaría el Reino de Fahala impedirían que Lola, María y Sebastián vivieran su mayor aventura.

¿Y si un día caminaras por el Reino de Fahala y descubrieras un castillo entre la niebla? Lo mismo puedes encontrarte a Victoria en su torre...